

ADONIRAM JUDSON

Misionero, explorador espiritual de Birmania 1788-1850

El misionero, débil y enflaquecido por los sufrimientos y privaciones, fue conducido en compañía de los más empedernidos criminales, como ganado, a chicotazos y sobre la arena ardiente a la prisión. Su esposa logró entregarle una almohada para que pudiese dormir mejor sobre el duro suelo de la prisión. Sin embargo, él descansaba todavía mejor porque sabía que dentro de la almohada que tenía debajo de la cabeza, estaba escondida la preciosa porción de la Biblia que había traducido con grandes esfuerzos a la lengua del pueblo que lo perseguía.

(Sucedió que el carcelero le quitó la almohada para su propio uso! ¿Qué podía hacer el pobre misionero para recuperar su tesoro? Entonces su esposa preparó con grandes sacrificios una almohada mejor y consiguió cambiarla con la que tenía el carcelero. En esa forma la traducción de la Biblia fue conservada en la prisión durante casi dos años; la Biblia entera, después que él la completó, fue dada por primera vez a los millones de habitantes de Birmania.

En toda la historia, desde los tiempos de los apóstoles, son pocos los nombres que nos inspiran tanto a esforzarnos por la obra misionera, como los nombres de los esposos, Ana y Adoniram Judson. En cierta iglesia de Malden, suburbio de Boston, se encuentra una placa de mármol con la siguiente inscripción: En memoria del Reverendo Adoniram Judson.

Nació el 9 de agosto de 1788.

Murió el 12 de abril de 1850.

Lugar de nacimiento: Malden.

Lugar de su sepultura: El mar.

Su obra: Los salvos de Birmania y la Biblia birmana.

Su historial: En las alturas.

Adoniram fue un niño precoz: su madre le enseñó a leer un capítulo entero de la Biblia, antes de que él cumpliera cuatro años de edad.

Su padre le inculcó el deseo ardiente de tratar de alcanzar siempre la perfección en todo cuanto hacía, superando a cualquiera de sus compañeros. Esa fue la norma de toda su vida.

Los años que pasó estudiando fue la época en que el ateísmo, que se había originado en Francia, se infiltró en el país. El gozo que experimentaron sus padres cuando el hijo ganó el primer lugar de su clase, se transformó en tristeza cuando Adoniram les confesó que ya no creía más en la existencia de Dios. El recién graduado sabía enfrentar los argumentos de su padre, que era un pastor instruido y quien nunca había sufrido tales dudas. Sin embargo, las lágrimas y amonestaciones de su madre lo acompañaron siempre, después que abandonó el hogar paterno.

No mucho después de "ganar el mundo", se encontró, en casa de un tío suyo, con un joven predicador, quien conversó con él tan seriamente acerca de su alma, que Judson quedó muy impresionado. Viajó el día siguiente solo, montando a caballo. Al anochecer llegó a una villa donde pasó la noche en una pensión. En el cuarto contiguo al que él ocupaba, yacía un joven moribundo, y Judson no pudo conciliar el sueño durante toda la noche. ¿Sería el moribundo un creyente? ¿Estaría preparado para morir? Tal vez fuese un "libre pensador", ¡hijo de padres piadosos que oraban por él! Otra cosa que le perturbaba era el recuerdo de sus compañeros, los alumnos agnósticos del colegio de Providence. Cómo se avergonzaría si los antiguos colegas, especialmente el sagaz compadre, Ernesto, supiesen lo que él sentía ahora en su corazón. Cuando amaneció, le informaron que el joven había muerto. Respondiendo a su pregunta, le dijeron que el fallecido era uno de los mejores alumnos del colegio de Providence, ¡y su nombre era Ernesto! La noticia de la muerte de su compañero ateo dejó a Judson estupefacto. Sin darse cuenta de cómo, se encontró viajando de regreso a su casa. Desde entonces, todas sus dudas acerca de Dios y de la Biblia se desvanecieron. Constantemente resonaban en sus oídos las palabras: "¡Muerto! ¡Perdido! ¡Perdido!" Poco tiempo después de ese acontecimiento, se dedicó solemnemente a Dios y comenzó a predicar. Que su consagración fue profunda y completa, quedó probado por la manera en que se aplicó a la obra de Dios. En ese tiempo Judson escribió a su novia: "En todo lo que hago, me pregunto a mí mismo: ¿Agradará esto al Señor?... Hoy alcancé un mayor grado de gozo de Dios, pues he sentido una gran alegría ante su trono."

Es así como Judson nos cuenta, en las siguientes palabras, el llamado que recibió para el servicio de misionero: "Fue cuando andaba en un lugar solitario en la floresta, meditando y orando sobre el asunto y casi resuelto a abandonar la idea, que me fue dada la orden: 'Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura'. Este asunto me fue presentado tan claramente y con tanta fuerza, que resolví obedecer, a pesar de los obstáculos que se me presentaron."

Judson, y cuatro de sus colegas se reunieron bajo un montón de heno para orar, y allí solemnemente dedicaron su vida a Dios para llevar el evangelio "hasta lo último de la tierra". No había ninguna junta de misiones que los enviara. Sin embargo, Dios bendijo la dedicación de los jóvenes, tocando el corazón de los creyentes para que proveyeran el dinero para tal empresa.

A Judson se le ofreció en ese mismo tiempo un puesto en el cuerpo docente de la universidad de Brown, invitación que él recusó. Después fue llamado a pastorear una de las mayores iglesias de América del Norte. También rechazó esa invitación. Fue grande el descontento del padre y el llanto de la madre y la hermana, al saber que Judson se había ofrecido para la obra de Dios en el extranjero, donde nunca antes había sido proclamado el evangelio.

La esposa de Judson demostró aún más heroísmo, porque era la primera mujer que salía de los Estados Unidos como misionera. A la edad de dieciséis años tuvo su primera experiencia religiosa. Era tan vanidosa, que las personas que la conocían, temían que el castigo repentino de Dios cayese sobre ella. Pero cierto domingo, mientras se preparaba para el culto, quedó profundamente impresionada por estas palabras:

"Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta." Acerca de la transformación de su vida ella

escribió más tarde lo siguiente: "Día tras día yo gozaba una dulce comunión con Dios bendito; en mi corazón sentía el amor que me unía a los creyentes de todas las denominaciones; encontré las Sagradas Escrituras dulce a mi paladar y sentí una sed tan grande de conocer las cosas religiosas, que frecuentemente me pasaba casi noches enteras leyendo." Todo el ardor que había demostrado en la vida mundana, ahora lo sentía en la obra de Cristo. Por algunos años, antes de aceptar el llamado para ser misionera, trabajaba como profesora y se esforzaba por ganar a sus alumnos para Cristo. Adoniram, después de despedirse de sus padres para emprender su viaje a la India, fue acompañado hasta Boston por su hermano Elnatán, un joven que no había sido salvo todavía. En el camino los dos se apearon de sus caballos, entraron al bosque y allí, de rodillas, Adoniram rogó a Dios que salvase a su hermano. Cuatro días después los dos se separaron para no volverse a encontrar nunca más en este mundo.

Sin embargo, algunos años después, Adoniram tuvo noticias de que su hermano también había recibido la herencia del reino de Dios.

Judson y su esposa se embarcaron con rumbo a la India en 1812, debiendo pasar casi cuatro meses a bordo del navío. Ese tiempo lo aprovecharon para estudiar y los dos llegaron a comprender entonces que el bautismo bíblico es por inmersión y no aspersion, como su denominación lo practicaba. Sin tomar en cuenta la oposición de sus conocidos, que eran muchos, y sin importarles su propio sustento, no vacilaron en informar sobre este hecho a aquellos que los habían enviado. Fueron bautizados en el puerto de desembarque, en Calcuta.

Poco después fueron expulsados de esa ciudad por causa de la situación política y fueron huyendo de país en país. Por fin, diecisiete largos meses después de haber partido de América, llegaron a Rangún, Birmania. Judson estaba casi exhausto por causa de los horrores que sufrió a bordo. Su esposa estaba tan cerca de la muerte que ya no podía caminar, por lo que tuvo que ser llevada a tierra en una camilla. El imperio de la Birmania de aquella época era más bárbaro y de lengua y costumbres más extrañas que cualquier otro país que los Judson habían visitado. Al desembarcar, en respuesta a sus oraciones hechas durante las largas vigilias de la noche, los dos fueron sustentados por una fe invencible y por el amor divino que los llevaba a sacrificar todo para que la gloriosa luz del evangelio iluminase también las almas de los habitantes de ese país.

Ahora, un siglo después, podemos ver cómo el Maestro dirigía a sus siervos, cerrando las puertas durante el prolongado viaje para que no fuesen a los lugares que ellos esperaban y deseaban ir. Hoy se puede ver claramente que Rangún, el puerto principal de Birmania, era justamente el punto más estratégico para iniciar la ofensiva de la Iglesia de Cristo contra el paganismo en el continente asiático. Para estudiar el difícil idioma de Birmania fue necesario que ellos preparasen su propio diccionario y gramática.

Transcurrieron cinco años y medio antes que ellos llevaran a cabo el primer culto para el pueblo nativo. Ese

mismo año bautizaron al primer convertido, a pesar de tener conocimiento de la orden del rey de que nadie podía cambiar de creencia, so pena de ser condenado a muerte.

Al salir de su tierra para ser misionero, Judson llevaba consigo una considerable suma de dinero, una parte de la cual él la había ganado en su empleo y otra parte correspondía a contribuciones ofrecidas por sus parientes y amigos. No solamente puso todo eso a los pies de aquellos que dirigían la obra misionera, sino también cinco mil doscientas rupias que el Gobernador General de la India le pagó por sus servicios prestados en ocasión del armisticio de Yandabo.

Rehusó el empleo de intérprete del gobierno, que representaba un salario elevado, prefiriendo ir a sufrir las mayores privaciones y oprobios, para ganar las almas de los pobres birmanos para Cristo.

Durante once meses, estuvo en cadenas preso en Ava, que en aquel tiempo era la capital de Birmania. Un día, sin embargo, ella no apareció; su ausencia se prolongó durante veinte largos días. Al reaparecer, traía en los brazos una criaturita recién nacida.

Judson, cuando salió libre, se apresuró todo lo que pudo para llegar a casa, pero tenía las piernas estropeadas por el largo tiempo que había pasado en la cárcel. Hacía muchos días que no recibía noticias de su querida Ana! ¿Vivía ella todavía? Por fin la encontró, aún con vida, pero con fiebre y próxima a morir. En esa ocasión ella se recuperó, pero antes de completar 14 años en Birmania, falleció. Conmueve el alma leer la dedicación que Ana de Judson tuvo a su marido, así como la parte que desempeñó en la obra de Dios y en su hogar hasta el día de su muerte.

Algunos meses después de la muerte de la esposa de Judson, su hija también murió. Durante los seis largos años siguientes trabajó solo. Luego se casó con la viuda de otro misionero. La nueva esposa que gozaba los frutos de los incansables esfuerzos que habían realizado en Birmania, se mostró tan solícita y cariñosa como Ana.

Judson perseveró durante veinte años para completar la mayor contribución que se podía hacer a Birmania: la traducción de la Biblia entera a la propia lengua del pueblo.

Después de trabajar con tesón en el campo extranjero durante treinta y dos años, para salvar la vida de su esposa, embarcó con ella y tres de los hijos, de regreso a América, su tierra natal. No obstante, en vez de mejorar de la enfermedad que sufría, como se esperaba, ella murió durante el viaje, y fue enterrada en Santa Helena, donde el navío aportó. ¿Quién podría describir lo que Judson sintió al desembarcar en los Estados Unidos, cuarenta y cinco días después de la muerte de su querida esposa?

Judson que durante tantos años había estado ausente de su tierra, se sentía ahora desconcertado por el recibimiento que le daban en las ciudades de su país. Se sorprendió, después de desembarcar, al verificar que todas las casas se abrían para recibirlo. Su nombre era conocido por todos. Grandes multitudes afluían para oírlo predicar. Sin embargo, después de haber pasado treinta y dos años en Birmania, ausente de su país, naturalmente, se sintió extranjero en su tierra natal y no quería levantarse delante del público para hablar en la lengua materna. Además, sufría de los pulmones y era necesario que otro repitiese al auditorio lo que él apenas podía decir balbuceando. Se cuenta que cierto día en un tren, entró un vendedor de periódicos. Judson aceptó uno y distraído comenzó a leerlo; el pasajero que estaba a su lado le llamó la atención diciéndole que el muchacho aún estaba esperando que le pagase los 5 centavos que costaba el periódico. Mirando al vendedor, le pidió disculpas diciéndole que había creído que el periódico lo ofrecían gratis, pues él se había acostumbrado a distribuir mucha literatura en Birmania, durante muchos años, sin cobrar un centavo.

Apenas había pasado ocho meses entre sus compatriotas cuando se casó de nuevo, y embarcó por segunda vez para Birmania. continuó su obra en aquel país, incansablemente, hasta alcanzar la edad de sesenta y un años. Judson recibió el llamado para estar con su Maestro mientras viajaba lejos de la familia. Conforme a su deseo, fue sepultado en alta mar. Adoniram Judson acostumbraba pasar mucho tiempo orando de madrugada y de noche. Se dice que él gozaba de la más íntima comunión con Dios cuando caminaba apresuradamente. Sus hijos, al oír sus pasos firmes y resueltos dentro del cuarto, sabían que su padre estaba elevando sus plegarias al trono de la gracia. Su consejo era: "Planifica tus asuntos, si te es posible, de manera que puedas pasar de dos a tres horas, todos los días, no solamente adorando a Dios, sino orando en secreto."

Su esposa cuenta que, durante su última enfermedad, antes de fallecer, ella le leyó la noticia de cierto periódico, referente a la conversión de algunos judíos en la Palestina, justamente donde Judson había

querido ir a trabajar antes de ir a Birmania. Esos judíos, después de leer la historia de los sufrimientos de Judson en la prisión de Ava, se sintieron inspirados a pedir también un misionero, y así fue como se inició una gran obra entre ellos. Al oír eso, los ojos de Judson se llenaron de lágrimas. Con el semblante solemne y la gloria de los cielos estampada en el rostro, tomó la mano de su esposa y le dijo: "Querida, esto me espanta. No lo comprendo.

Me refiero a la noticia que leíste. Nunca oré sinceramente por algo y que no lo recibiese, pues aunque tarde, siempre lo recibí, de alguna manera, tal vez en la forma menos esperada, pero siempre llegó a mí. Sin embargo, respecto a este asunto ¡yo tenía tan poca fe! Que Dios me perdone y si en su gracia me quiere usar como su instrumento, que limpie toda la incredulidad de mi corazón."

En esta historia se nota otro hecho glorioso: Dios no solamente concede frutos por los esfuerzos de sus siervos, sino también por sus sufrimientos. Por muchos años, hasta poco antes de su muerte, Judson consideró los largos meses de horrores de la prisión en Ava enteramente perdidos para la obra misionera. Al comienzo de su trabajo en Birmania, Judson concibió la idea de evangelizar por último a todo el país. Su mayor esperanza era ver durante su vida, una iglesia de cien birmanos salvos y la Biblia impresa en la lengua de ese país. Sin embargo, en el año de su muerte había sesenta y tres iglesias y más de siete mil bautizados, los cuales eran dirigidos por un número total de 163 misioneros, pastores y auxiliares. Las horas que pasó diariamente suplicando a Dios, que da más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, no fueron perdidas.

Durante los últimos días de su vida se refirió muchas veces al amor de Cristo. Con los ojos iluminados y las lágrimas corriéndole por el rostro, exclamaba: "¡Oh, el amor de Cristo! ¡El maravilloso amor de Cristo, la bendita obra del amor de Cristo!" En cierta ocasión él dijo: "Tuve tales visiones del amor condescendiente de Cristo y de las glorias de los cielos, como pocas veces, creo, son concedidas a los hombres. ¡Oh, el amor de Cristo! Es el misterio de la inspiración de la vida y la fuente de la felicidad en los cielos. ¡Oh, el amor de Jesús! ¡No lo podemos comprender ahora, pero qué magnífica experiencia será para toda la eternidad!"

Hemos añadido aquí el último párrafo de la biografía de Adoniram Judson escrita por uno de sus hijos. ¿Quién puede leerlo sin sentir que el Espíritu Santo lo anima a tomar parte activa en llevar el evangelio a uno de los muchos lugares que aún no lo tienen?

Se dice que el corazón del héroe escocés Bruce fue embalsamado después de su muerte y guardado en un cofrecito de plata. Cuando sus descendientes estaban luchando en una batalla que parecía perdida, el general lanzó ese corazón entre el ejército enemigo. Al ver esto, las tropas escocesas lucharon reñida e invenciblemente a fin de recobrar la reliquia. Ciertamente el cristianismo nunca se retirará de las tumbas de sus muertos en los países paganos. Hasta aquel día en que toda rodilla se doblará ante el Señor Jesús, los corazones creyentes serán inducidos a realizar los mayores esfuerzos por el recuerdo de Ana Judson, enterrada debajo del hopiaá (un árbol) en Birmania; de Sara Judson, cuyo cuerpo descansa en la isla pedregosa de Santa Helena, y de Adoniram Judson, sepultado en las aguas del océano Indico.